



X.

DON MANUEL RODRIGUEZ.

Los historiadores que escriben muchos siglos despues los acontecimientos de una época, tienen delante de sí el velo del tiempo que les oculta el conocimiento de ellos; y la historia contemporánea, o cegada por el odio y la envidia, o corrompida por la adulacion y por el valimiento, altera y distraza los hechos.

PLUTARCO. (*Vida de Pericles.*)



A historia es el libro de memorias de la humanidad, siempre en marcha a traves de esas selvas tenebrosas que se llaman acontecimientos, y de esos valles luminosos que se llaman pueblos. Cada jeneracion escribe allí algunas hojas, cada una coloca sus recuerdos, sus impresiones, consagrando hermosos capítulos a los grandes heroismos, párrafos de eterno anatema a los innobles vicios, a las ambiciones inícuas; y esas pájinas escritas atraviesan las edades, indescifrables unas, despedazadas otras como las hojas arrancadas de un gran libro inédito. Todos esos fragmentos unidos, todas esas olas azules u oscurecidas encerradas en un centro comun que podria llamarse la razon universal o

A AMBROSIO RODRIGUEZ:

Ojalá que mi pluma haya podido trazar como merece la corta y gloriosa vida de tu desgraciado tío. La he escrito con entusiasmo pero con verdad y con justicia. Si su cuerpo yace en ignorada tumba que su memoria viva ensalzada entre sus compañeros de armas que aguardan como él su apoteosis. Recibe tú este homenaje a su gloria que es tambien prueba de cariño hácia ti.—G. Malta.

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por M. Desmadril.

MANUEL RODRIGUEZ.

Mano Rodríguez

la conciencia de la humanidad, forman una especie de océano infinito que refleja en su superficie todo el firmamento del mundo moral con sus soles, con sus planetas, con sus esferas irregulares, con sus informes nebulosas y sus concavidades desiertas. La virtud y el crimen, la abnegacion y el egoismo, la supersticion y la creencia, el saber y la ignorancia, el despotismo y la libertad, el asesino y su víctima, se contemplan en ese espejo severo con su verdadera faz y en sus mas iguales proporciones; unos con su aureola y otros con su tiniebla. Y cuántas veces un mismo cristal refleja el terror de la víctima y el remordimiento del asesino!

Chile tiene tambien su libro aunque pequeño. La porfiada lucha de sus indígenas con los feroces y sangrientos conquistadores, lucha de gigantes siempre empezada y jamas resuelta, y la de la emancipacion del coloniaje español, serán dos páginas de inmortalidad y de gloria. Son dos rastros de patriotismo que iluminan muchos héroes, y algunos doblemente sagrados por su noble vida y su alévosa muerte. ¡Qué de hazañas no refiere la primera! ¡Qué de hechos heróicos la segunda!

Manuel Rodriguez es el mas simpático si no el mas meritorio entre todos esos hombres que circundan la época de nuestra independenciam como de una brillante corona. Es quizá el único que por su abnegacion, por su tipo extraño y por su clase de vida se presta a todas las creaciones de una poesía sublime y arrebatadora como la idea que representa. Rodriguez es cierto que era aventurero, pero un aventurero de jenio que hubiera podido conquistar como los antiguos condottieri el anillo de un dux o el lauro de un tribuno.

Nacido en 1786, en el año de 1810 Rodriguez tenia apenas 24 años; y aunque tan joven gozaba ya de las consideraciones a que era acreedor por su familia y que le correspondian por sus talentos ya conocidos y respetados entre los que le frecuentaban con intimidad: La abogacia era entonces la carrera favorita y la única que podia ofrecer halagüeñas perspectivas. Dedicóse a ella y en 1809 obtuvo su título. Pero no eran las estrechas murallas de una corte de justicia recinto capaz de contener sus palabras, ni la adusta presencia de los golillas debian ser los únicos espectadores; el aire libre, y las oleadas entusiastas de todo un pueblo debian recibir mas tarde esas palabras que como las vibraciones de un impulso subterráneo conmovieron las almas aletargadas y estremecieron al victorioso enemigo. Rodriguez habia nacido para defender otras causas menos egoístas y para dedicarse enteramente al bien de su patria. Estalló la revolucion; y a los primeros vajidos de esta en su frágil cuna, él fué uno de los mas audaces entre los que vinieron a consolarla y fortalecerla. Desde entonces su estudiosa y solitaria vida se transformó en azarosa y combatida. Arrebatado por el torbellino revolucionario se siente decaido y vacilante; pero de nuevo se recobra para seguir con mas vigor y osadía la peligrosa senda porque camina su patria, ya indicándole las rutas, ya salvándole los obstáculos. Manuel Ro-

driguez era del temple fino de esas almas que padecen por los demas, que vienen a prepararles mejor destino y que sufren con resignacion y sin cólera las persecuciones y la muerte si estas resultan en favor de aquellos.

Condiscípulo y amigo de don José Miguel Carrera y nutrido en esa atmósfera de libertad que en todas partes flotaba, era imposible que Rodriguez dejase de seguir a aquel que venia a desatar las vendas de la patria y cuyo prestigio debía impulsar con ventaja y tino el primer movimiento revolucionario. Rodriguez estaba en el secreto de su amigo; aprobaba las concepciones que una instruccion superior desarrollaba, y aunque se encontraba capaz, consentia en ser el satélite luminoso de un planeta mas bello.

Sin embargo dícese que su primera prision en 1812 fué a causa de una conspiracion organizada contra Carrera y en la cual figuraba como conspirador el mismo que firmaba como secretario meses ántes. ¡Quién sabe! Hai jente que ha tenido particular empeño en desfigurar los hechos y en presentar a ciertos hombres como cabecillas de un partido atrabiliario o como viles revoltosos. Los hombres de nuestra independencia fuéron hombres y como tales cometieron muchos actos que reprueba el buen sentido; muchos desaciertos y cuasi traiciones que tal vez exijan poderosas circunstancias y que eran imposibles de evitar. Mas si las ambiciones vulgares, si las animosidades particulares alguna vez ajaron las afecciones del individuo, jamas lograron profanar la primera idea de emancipacion y de rejeneracion próxima. La patria fué un santuario para todos; una querida inolvidable que vivia con la fé de sus juramentos, con el ardor de su cariño. Esto solo basta para perdonarles muchos estravíos y muchas sinrazones. Despues que los sucesos se han cumplido, cuando casi todos los personajes han desaparecido de la escena humana, los antiguos rencores han despertado mas vivos y las olvidadas tradiciones han venido a ocupar de nuevo las memorias presentes. Estoy seguro que no ha sido tan rabioso y encarnizado el odio entre O'Higgins y Carrera como lo es entre sus herederos. Para los modernos o'higginistas Carrera y sus partidarios son traidores y menguados; para los modernos carreristas O'Higgins y sus partidarios son despóticos o infames; y cual mas cual ménos, todos insultan a esos hombres que merecen mas veneracion sin que añadan por eso mas verdad a la historia; y lo que es peor, influenciados por los resentimientos personales trasmitidos de padres a hijos, de tios a sobrinos, de casta a casta. Una nube de errores o de crímenes oculta el horizonte del pasado; la justicia tropieza con una mentira donde creia hallar una verdad, y con ser exclusivos de una y otra parte, reúnen la luz y la tiniebla, todo lo miran a través de un dudoso crepúsculo y rebajan a los héroes oscureciendo el cuadro.

Rodriguez, mas que los otros amigos de Carrera, ha sido acriminado por los o'higginistas; y no ha faltado quien arrastrase su fama, sus heróicos esfuerzos por la libertad al inmundo pantano de la traicion y de la venganza, enlodando a aquella y haciendo de estos los vergonzosos instrumentos de

una ambicion mezquina. Los acontecimientos eran excepcionales; la época, difícil de vivir por sus transiciones súbitas e inesperadas, y los hombres que las sufrían con entereza veíanse a veces empujados por esa fuerza irresistible y misteriosa que ciega a la razon y que involuntariamente arrastra. Las revoluciones son las borrascas de la humanidad en cuyos espacios la electricidad solo domina.

Su constitucion nerviosa, su inteligencia osada como su palabra y al mismo tiempo algo de esa soberbia independendencia de carácter que es siempre el signo de la grandeza de alma, hacian de Rodriguez un secuaz bien indisciplinable y un enemigo harto temible. Tenaz en su aborrecimiento lo era tambien en su abnegacion sin abdicar por eso ni sus convicciones como hombre ni sus deberes como partidario. Rodriguez era como esos astros radiosos que no gravitan ante ningun sistema y cuya órbita inmensa circula en el espacio, iluminándolo siempre y a veces despedazándolo.

Corria el año de 1814. José Miguel Carrera burla a sus perseguidores, penetra en Santiago, lo conmueve; y con el prestigio de su nombre, de sus hermanos y de sus amigos, reúne bajo su bandera al militar y al paisano, depone al gobierno existente y se proclama jefe y dictador. Este golpe de estado pone en relieve la situacion del pais; introduce una política nueva y augura cosecha de triunfos para el porvenir. Carrera era el caudillo popular y el pensamiento revolucionario en su encarnacion mas bella. Rodriguez así lo comprendía y ayudándolo en su empresa trataba de justificar el atentado cometido, ya esponiendo la situacion del pais, ya revelando las intenciones torcidas de los enemigos tenebrosos y disimulados. Sin embargo ninguna razon puede calificar de justo ese hecho odioso. Tiránico y despótico en su principio, no hizo mas que acrecentar el peligro, introduciendo la discordia en los ánimos y preparando para mas tarde una derrota funesta y una bien lamentable proscripcion. Las buenas ideas deben tener buen nacimiento; y la violacion de un deber o la prostitucion de la fuerza las enjendrarán siempre monstruosas. El error de Carrera y de Rodriguez fué esa falsa creencia; ellos querian libertar a su patria y empezaban esclavizándola; así es que aunque puros en sus intenciones se hacian criminales en la apariencia. Desde entónces Rodriguez y Carrera se hacen mas inseparables; discuten juntos, combaten juntos y gobiernan juntos hasta la fatal jornada de Rancagua.

Entónces los antiguos dominadores, mas rencorosos con la resistencia heroica que no esperaban de un pueblo ántes medroso, impusieron de nuevo sus leyes, sus privilejios insolentes y ajitaron como un insulto y como una amenaza su estandarte de leones, al son de las trompetas y de los vivas entusiastas que traian la muerte o la infamia para los patriotas. Entónces comenzó para estos la penosa emigracion, en la cual unos habian de perecer acosados por la miseria o por las enemistades crueles y otros reaparecer con mas brillo.

En esa situación de vida desastrosa, casi la mayor parte desconfiaba del porvenir; y talvez lo que sus sueños de libertad les presajaban, se disipaba ante los funestos choques de una realidad bien amarga. Algunos por el contrario, en esa situación fué cuando sintieron arraigarse con mas intensidad sus convicciones y cuando hallaron en sí una fuerza mas prodijiosa y una voluntad mas enérgica. Hai hombres que se abaten a los peligros, que se vencen en los obstáculos, que flaquean en la desgracia; pero hai otros que se realzan, que acopian mas fuerza cuanto mas difícil es el triunfo y que se levantan mas pujantes si caen a tierra. Donde aquellos se estreñan y retroceden, estos se enciman y adelantan.

En la emigracion es donde Rodriguez comienza su verdadero rol y donde descubre su jenio perspicaz y valiente. Enfermo, miserable y casi desnudo, conservaba su corazon entero para dedicarlo a su patria y para sacrificarlo si era preciso por su rehabilitacion y por su libertad. La inaccion le irritaba, y el abandono de su patria ya en poder del enemigo era para su alma jenerosa un remordimiento mas vivo, una idea mas funesta que su propia desgracia. Concibe entónces un proyecto, atrevido, temerario sin duda, por la multitud de peligros a que se esponia; mas realizable y de inmensos resultados en favor de la causa independiente, si el que se abnegaba por ella sabia desprenderse de toda pasion egoista y cobarde. Inmediatamente se presentó al jeneral San Martin y lo impuso de su proyecto de volver a Chile para examinar el estado de los ánimos, dar esperanzas a los amigos, malquistar a los enemigos patentizando sus crueldades, en fin, para vigorizar la revolucion inanimada y establecer relaciones que podian servir de grande ayuda en la nueva expedicion que se organizaba. San Martin le oyó con sorpresa y aplaudió su osadía. Hubo algunos que dudaron de su arrojo al verle tan desmedrado y enfermizo de cuerpo, necesitándose una naturaleza robusta para atravesar las nieves que esas montañas gigantes eternamente conservan. Los que así pensaban no conocian a Rodriguez ni a la naturaleza humana; el cuerpo mas frajil es dominado por una voluntad inflexible, y la materia subyugada por el espíritu que quiere manifestar una idea, se purifica y engrandece con él hasta el extremo de confundirse y olvidarse. Así le sucedió a Rodriguez. El escualido patriota fuerte con su conviccion, robusto con su esperanza, traspasó las montañas, atravesó los valles cruzados de enemigos, visitó a los amigos, penetró en las aldeas, en las haciendas, y llegó a Santiago dejando tras de sí en todas partes un murmullo presajador de la cercana tempestad. Cartas, proclamas incendiarias, conversaciones alusivas, relaciones de familia, todo fué medio para ese hombre atrevido cuya vida era el peligro, cuyo placer era afrontarlo. Volvió a repasar las cordilleras para dar cuenta de su comision y preparar otros ardides; y traspasólas de nuevo trayendo consigo nuevos recursos y miras mas elevadas. La práctica de la observacion le habia dado esa astucia que penetra y adivina en los corazones mas iletrados algo de gran-

de y de jeneroso bajo de una aparente tosquedad; y esa observacion fina y la atraccion que posee siempre el hombre de jenio que con todos simpatiza, que a todos se reparte, le habian granjeado a pesar de su juventud numerosos y buenos amigos, ya entre los que residian en las ciudades, ya entre los campesinos independientes, que veian con horror las tiranías y vejaciones de un gobierno despótico y abominable.

Miéntas esto sucedia, Marcó del Pont y sus seides ponian todo su conato en desprestijiar la causa de la independenciam, intimidando a unos, persiguiendo a otros, espiando a todos y proclamando de voz en grito que la divinidad le protejia contra las diabólicas arterías y las intenciones perversas de sus endemoniados enemigos. Esplotaba el fanatismo relijioso para atraerse al vulgo, y el fanatismo del miedo para aterrar al verdadero pueblo. La delacion, el espionaje, la chismografia, la falsificacion, la mentira, la injusticia, la atrocidad, y todas las demas infamias que forman séquito honroso a toda tiranía, ostentaban con descaro su insolencia en ese gobierno de imbéciles y sibaritas, cuya política tenia por base la espoliacion y por cima la horca. Era, en fin, un modelo entre los gobiernos paternales tan acostumbrados despues, donde todo es permitido y todo prohibido so pena de castigo o de vergüenza. Por supuesto que un gobierno organizado así nada ignoraba. Sabia que Rodriguez iba y venia, que habitaba en Santiago, que repartia proclamas, que se carteaba con los jefes emigrados y que fraguaba quizá golpes maestros aprovechando con talento y viveza los infinitos recursos que a su arbitrio dejaban la mala fé de los mandatarios y la farándula de los subalternos. Mas ni las amenazas ni el terror podian nada contra Rodriguez, y continuaba impertérrito su marcha de rejeneracion, salvando con sangre fria los obstáculos que se le oponian, y burlando con impensados ardidés y con sorprendentes disfraces la pusilanimidad de sus enemigos y el ojo vijilante de sus espías. Ora recataba su rostro con la capucha hipócrita de un fraile mendicante, ora lo descubria bajo el desgairado bonete del minero. Muchos le buscaban, tal vez le encontraban, y otras veces él mismo señalaba la ruta a los que le perseguian. Su nombre era ya un emblema, su vida un proverbio; y mucha jente le creia protejido por un pacto o por la buena voluntad de un brujo. Así es que por todas partes circulaban mil diversos rumores sobre su modo de vivir, que le daban ya por huesped de una maga en un bosquecillo encantado y misterioso, ya por amigo de un hechicero que tenia la virtud de transformar a los hombres y de hacerlos invisibles e invulnerables en presencia de sus enemigos. Rodriguez sabia aprovechar en favor todas estas invenciones populares, que a guisa de cuento, llevaban de pueblo en pueblo su nombre acompañado de un prestigio deslumbrante y temible. El misterio es un poderoso aliado en las ocasiones difíciles y trabajosas.

Un hecho solo entre los infinitos que se cuentan de Rodriguez, basta para poner en relieve su intelijencia alerta y perspicaz y la agudeza y pron-

titud de su ingenio. Es el siguiente: «Otra vez (dicen los historiadores) (1) se hallaba mui tranquilo en casa de uno de esos jueces de campaña cuya amistad habia sabido conquistarse, cuando vinieron a avisarle que se acercaba un piquete para prenderlo. Los soldados estaban ya mui próximos y no habia como escapar. No obstante Rodriguez permaneció impasible, miró a su alrededor y casualmente sus ojos se fijaron en el cepo; mueble como se sabe indispensable en casa de todo juez. En ménos de un minuto se le ocurrió convertir aquel instrumento de tortura en tabla de salvamento. Exigió de su amigo, que estaba tan azorado como un condenado a muerte, que le metiera y aprisionara en él con todo rigor; y mientras ejecutaba la operacion le aleccionó para que diera por causa de su prision a los recién venidos, que no dejarían de interrogarle, una calaverada de jóven. Sucedió punto por punto como lo habia pensado. El oficial no dejó de indagar cual era el motivo que habia merecido a aquel hombre tan severo tratamiento. El amor de la propia conservacion dió ánimos al juez para repetir bien su leccion, y como estaba calculada para interesar a jente del jaez de los soldados, todos declararon que debia dársele soltura. Así mientras que guiados por el dueño de casa se dirijian a un bosque vecino donde esperaban sorprender a Rodríguez, este favorecido por los mismos que debian capturarle, se ponía en salvo por el lado opuesto....»

Ciertos lados oscuros del cerebro del hombre se iluminan en circunstancias dadas y escepcionales con un pensamiento tan feliz y oportuno, que divulga algo de divino, algo de revelado y de inmortal, como si fuera la manifestacion esterna de una intelijencia superior limitada en otra inferior.

Pero ya era tiempo de obrar en campo mas vasto, y de ejecutar los atrevidos pensamientos que atormentaban su espíritu y que le traian preocupado y silencioso como un hombre poseido por una idea de realizacion casi imposible. El ave nocturna que atravesaba las tinieblas, que dormia en los bosques, iba a transformarse en condor osado, voraz como él; y abandonando su soledad misteriosa iba a batir sus negras y estendidas alas sobre la frente misma de sus enemigos. ¡Ay de los que se pongan al alcance de sus garras! ¡Ay de los que pretendan atacar su alzado nido!

Desde el primer instante de la revolucion, Rodriguez habia considerado la emancipacion de Chile como un suceso fatal; y nunca en su decidida voluntad habia penetrado esa especie de pudor mezquino que semeja mucho a la cobardia, ladeando a transacciones ridículas y casi siempre vergonzosas. Su amor por la libertad, su caluroso entusiasmo, su carácter voluntarioso y soberbio, y el odio irreconciliable que abrigaba por los tiranos de su patria; odio encarnizado mas con la ferocidad y el sanguinario desden del invasor, le habian granjeado la honrosa distincion de rebelde empecinado. Y era así; el esclavo prófugo y libre, ya rebelde, temerario y

(1) La *Reconquista Española*, apuntes para la Historia de Chile por M. L. y G. V. Amunátegui.

pujante, comenzaba a tremolar bandera de guerra y a lanzar proyectiles incendiarios para una explosion cercana. El cielo empezaba a oscurecerse tempestuosamente para los tiranos, y la estrella de Chile, a lo léjos entre las sombras y en medio de un celaje de nieve, aparecia cercada de rayos luminosos que irradiaban la oscura sien de la montaña.

En vano Marcó derramaba espías y lanzaba sentencias de muerte contra Rodriguez; en vano proclamaba a son de trompa su cabeza a precio vil, tratando de despertar la codicia con la estipulacion de una infamia. El perdón del delito mas atroz era la otra red que tendia a los criminales; en la cual con harto pesar suyo no logró cojer a nadie. Rodriguez contaba con buenos amigos, era respetado y querido y por salvar la suya mil cabezas hubieran ido a colocarse en la picota. La rectitud, la justicia de una causa, la jenerosidad del corazon unida a la juventud y a la intelijencia, estrechan tanto los vínculos humanos, confunden de tal manera las simpatías diversas, que en vez de ser odiosas destruyen la maleza de los vanidosos rencores y ejercen su influjo sobre las almas que dominan con tal suavidad y dulzura, que ensalzan y purifican a todas sin desmedro de ninguna. Diríase que una corriente magnética repartida en cantidades iguales, fluye de un centro comun, impulsa los resortes de la máquina moviéndolos simultáneamente y estableciendo un riguroso equilibrio entre unos y otros para sus distintas operaciones mecánicas.

Con dificultad puede encontrarse un mandatario mas inepto y al mismo tiempo mas imbécil que Marcó. Todas sus medidas despóticas y abusivas estaban calculadas para exasperar los ánimos y enajenarse las voluntades. Los que ántes eran frios partidarios de la causa independiente, abandonaban familia, posicion social, fortuna, para defenderla desinteresada y arduosamente, horrorizados con las vejaciones y con los suplicios inícuos que sufrían diariamente nuevas víctimas. La poblacion de los campos, mas selvática y ménos muelle que la de las ciudades, no necesitaba lo que esta para levantarse contra sus opresores; y allí donde la conducta misma del gobierno obligaba a los hombres a declararse enemigos, la enerjía de Rodriguez, su desprendimiento, y el socorro de sus amigos reemplazaban con mucho la falta de recursos y producian un entusiasmo mas verdadero y mas sólido.

Miéntas tanto el ejército restaurador que se organizaba en Mendoza, aguardaba solamente la oportunidad y que la vijilancia y fuerzas del enemigo estuviesen ocupadas en otra parte. Para trepar las cordilleras y salvar sus precipicios sabiendo que al otro lado un enemigo poderoso lo aguardaba, era preciso amar demasiado a su patria y tener aliento de héroes. Rodriguez en correspondencia continúa con San Martín y los demas patriotas, estaba impuesto de sus preparativos de invasion y tambien de sus temores. Resuelto a alijerar aquellos y a minorar estos, organizó guerrillas que llamando por distintas partes la atencion del enemigo, lo necesi-

taban a diseminar sus fuerzas y por lados opuestos del camino que debia traer la expedicion. Rodriguez acudia a todas partes; su actividad redobla-da cuanto mas el peligro era inminente y la ocasion mas inesperada. El pen-samiento y su realizacion eran instantáneos; ya caia sobre una ciudad y en un abrir y cerrar de ojos apresaba a sus mandatarios, arrebatava los ali-mentos del enemigo, y luego como un leon saciado penetraba en sus serra-nias, para caer una hora despues quizá sobre un destacamento realista. El imbécil Marcó creia que todas estas partidas podian ser la vanguardia del ejército expedicionario, y enviaba jente sobre jente para destruirla. Con sus infinitas peripecias logró Rodriguez fijar la atencion del gobierno en mu-chas partes y alejar así sus fuerzas del rumbo verdadero. De esta manera quedó casi descubierto el norte, y pudo el ejército patriota atravesar las cordilleras por Aconcagua, sin gran detrimento ni pérdida de hombres. Cuando se descubrió la estratajema, era ya tarde. La victoria de Chacabuco es una de las hazañas mas gloriosas de nuestra independencia, y seria ingra-to e injusto quien negase a Rodriguez la misma corona que ciñe la frente de los que allí pelearon. Mas de dos mil soldados españoles y de los mas bravos, hallábanse léjos del campo de batalla atraidos por la enerjia de sus esfuerzos y por el valor de sus amigos. Mezclados al grueso del ejército rea-lista, quién sabe cual hubiera sido el desenlace! Talvez la historia no con-taria entre sus fastos memorables al 12 de febrero de 1817! Despues del triunfo San Martin encargaba a Rodriguez la persecucion de los fujitivos y principalmente de Marcó en estos términos: «Segun noticias que tengo, el prófugo Marcó ha tomado el camino de la costa; no lleva fuerzas. Derra-me U. partidas por todos rumbos para que le aprehendan. Persígale has-ta Concepcion.»

La verdad es como el sol, luminosa y fecunda para todos. Sus rayos deben guiar la pluma del historiador, iluminando los hechos. Hai en esta época de la vida de Rodriguez un acto atrevido, algo incomprensible si se quiere, que realza su jenerosidad y su temeraria intrepidez. Ha sido refe-rido por los señores Amunátegui como un acto de felonía y de crueldad que arroja una acusacion horrible sobre su fama: pero tal como ellos lo narran, el hecho es falso enteramente, equivocado en las personas, erróneo en las suposiciones..... En uno de sus saltos de tigre, el infatigable guerrillero cae sobre Melipilla, arresta en su casa al gobernador Yécora, sin exigir de él mas que recursos, y permanece allí hasta las cinco de la tarde, en com-pañía de una multitud de patriotas amigos. Muchos de estos habian ido con sus familias a gozar de las fiestas de Pascua de Navidad. Rodriguez supo por alguno de ellos que en una hacienda vecina estaba de paseo un oficial de Talaveras llamado Tejeros, mui célebre ya y mui aborrecido por sus crueldades y su insolente descaro. Rodriguez mandó traerlo a su presencia, y en vez de un verdugo, el oficial temeroso, halló un amigo en su contra-rio. Miéntas tanto, las tropas del gobierno se acercaban, y era necesario po-

nerse en salvo. Rodriguez reúne su fuerza y huye llevándose a Tejeros y a su asistente. Por un camino torcido que atraviesa de Guaulemo, orillando el Maipo, se proponia vadearlo por Lonquen, y luego internarse en las montañas. El comandante Padilla llega a Melipilla, inquiere noticias de los rebeldes y toma el mismo desecho para darles pronto alcance. Rodriguez y Padilla se avistan cerca del vado. Pelear era riesgoso, resistir imposible. El asistente de Tejeros aprovecha un momento, y escapa a reunirse a sus amigos. Rodriguez, en situacion tan apurada, dispersa a su jente, y acompañado de un tal Lopez y de Tejeros, consigue pasar el rio y salvarse. Penetró en sus montañosas guaridas, y el enemigo retrocedió burlado. Durísimas, novelescas casi, son las amarguras que los prófugos sufrieron. Si uno dormia, el otro tenia que velar al prisionero que aprovecharia cualquier medio en su favor. Además, cómo acojerse en casa de sus amigos, llevando a un enemigo, que mañana, consiguiendo libertarse, podria convertirse en acusador y en verdugo! Lopez, hombre bilioso y arisco, fatigado con el viaje y resuelto a quitarse de encima el obstáculo, propuso a Rodriguez un asesinato. Rodriguez lo rechazó. Al fin, despues de dos dias de hambre y de penurias, Lopez, sin consulta prévia y en un momento de distraccion, asestó el cañon de su pistola sobre Tejeros y le atravesó la espalda de un balazo. Libres del centinela, los fujitivos pudieron ya guarecerse y buscar techo en casa de sus amigos. Rodriguez no aprobó jamas ese asesinato; su alma no era capaz de una alevosia, aunque esta fuese la lei de una imperiosa necesidad. Lopez únicamente se hizo responsable del hecho. Este fué el que prisionero en el castillo de Valparaiso, despues de la derrota de Chacabuco, sublevó a los detenidos, y el que comandó a los que salieron a batir a los españoles que llegaban. Una bala enemiga le atravesó tambien; pero en medio del combate!

Dueños ya los patriotas de la capital y convocada la poblacion para elegir un Director Supremo que rijiese los destinos de la resucitada patria, aclama a San Martin; y este, con un desprendimiento que le honra, rechaza por dos veces el encargo que es al fin aceptado por O'Higgins. Abnegado patriota y valeroso capitán, O'Higgins era un héroe en el combate. Sabia afrontar la muerte, sabia desafiarla atravesando diluvios de balas; pero le faltaba la intelijencia clara que organiza en la discordia; y era poco a propósito por su carácter dominante para olvidar rencores y para utilizar en comun bien las facultades que a su encargo acompañaban. Además la estension inmoderada de las facultades autoritarias, tuerce las buenas inclinaciones de los hombres, los desmoraliza interiormente y los arrastra insensiblemente y por tortuosas vías a la intolerancia y al crimen. Raro es el pueblo que no cuenta alguno de estos déspotas; y mas raro es el hombre que ha descendido puro y acompañado de las bendiciones de sus conciudadanos desde esa extraordinaria y borrascosa cumbre, sin una sombra de remordimiento o de afliccion. En todas partes las dictaduras no han hecho

mas que prostituir la dignidad humana, estragar a los pueblos y aniquilarlos. Todos los dictadores han sido verdaderos representantes de la brutalidad y de la infamia, desde Sylva el piojoso hasta Napoleon el menguado.

Sin embargo el Director Supremo tuvo un rasgo de jenerosidad para su antiguo enemigo, y parecia no acordarse, en la embriaguez de la gloria y del poder, de sus antiguas desafecciones. Rodriguez por su parte no abrigaba ninguna pasion baja y sabia aplaudir los triunfos de sus rivales sin envidia, sin rencor, y satisfecho con la idea de ver libre a su patria. El 27 de febrero un decreto del Supremo Director ensalzándolo por su patriotismo, le pide un detalle sobre esas atrevidas incursiones que tanto habian contribuido al éxito de la victoria, y una lista de sus compañeros de armas, todos dignos de premio. Casi nada duró esta buena armonía entre ámbos rivales, y seis dias despues un acontecimiento inesperado vino a quebrantarla. Rodriguez era un opositor temible y su influencia una conspiracion incesante contra un poder que amenazaba aniquilar toda personalidad, ahogar toda libertad que contraviniese a sus miras y entronizar como razones de Estado el insolente capricho de la fuerza y la descabellada voluntad de un hombre. Un mes despues, cual fué la sorpresa de Rodriguez al recibir la carta siguiente:

«Los servicios distinguidos de U. le vinculan la gratitud pública; pero razones políticas y el imperio de las circunstancias le alejan a paises extranjeros. Hoi mismo debe U. salir para Nueva-York, y U. como fiel servidor de la patria, prepárese a recibir los altos encargos que esta debe confiarle.»

Así se espresa O'Higgins, y al mismo tiempo que le insta para que acepte el encargo, se despide de él como *buen amigo*, prometiéndole velar por su familia. Rodriguez comprendió el engaño. El supuesto encargo diplomático no era mas que un destierro fraguado por sus enemigos para lanzarlo nuevamente de su patria. Los actos que siguieron al nombramiento son intachables testigos de la mala fé de sus rivales. El encargado de negocios de la nueva república fué conducido como un criminal a Valparaiso, y allí alojado en el castillo de San José, hasta que el buque pudiese zarpar de esa bahía y transportarlo a su destino. A la verdad que hai bastante distancia de un ministro diplomático a un prisionero; y el fusil del centinela que guarda la puerta de su cárcel no es el hacha del lictor que lo acompaña. Un hombre que acepta voluntariamente un destino que su gobierno le encarga, espera en su casa, o donde mas le acomoda, el momento de la partida, y no elije una fortaleza como residencia propia de su carácter ni de su posicion elevada. A pesar de esto, O'Higgins habia creido burlar y salió burlado. El rival que habia conseguido con su astucia y valor introducir la zizaña en las filas enemigas, rondando como un espíritu las poblaciones aterradas, no podia ser cojido en un estratajema tan ridículo ni cegado por promesas tan zonzas. Aun habia españoles que comba-

tir, todavía la patria necesitaba el apoyo de las cabezas inteligentes, de los brazos esforzados para destruir la víbora del despotismo que ya empezaba a silbar, y cuyo veneno mortal transpiraba en las odiosas medidas y en las pretenciosas mistificaciones. Rodriguez sobornó a sus guardias, fugó de su cárcel y se ocultó para no ser perseguido. San Martin estaba entónces en Buenos-Aires; regresa al poco tiempo y Rodriguez, confiando en su honor y en su inocencia, se avista con él, se cambian mútuas esplicaciones y por su intervencion vuelve a obtener la amistad de O'Higgins y esa libertad tan anhelada y conseguida a costa de tantos sacrificios.

Ambas duraron mui poco; y el 7 de agosto del mismo año 17 fué arrestado, por complicidad, se decia, en una conspiracion que tenia por objeto derrocar al gobierno establecido y favorecer a los Carreras. Estos estaban proscriptos; y miéntras en Chile sus partidarios y amigos eran tratados como alevosos conspiradores, ellos al otro lado de los Andes sufrían prisiones, insultos y soeces infamias que iban preparando su impopularidad y su muerte. Jamas la gloria de las batallas ocultará esos tres suplicios que irradian sobre ella como un reflejo sangriento, marcando al lado de un triunfo venturoso una venganza rencorosa y ruin. Rodriguez no fué la única víctima de la susceptibilidad enemiga. Don José Manuel Gandarillas, hombre ilustre por su intelijencia, por su desinteresado patriotismo y decidido amigo de Rodriguez y de los Carreras, fué envuelto tambien en la banal acusacion; pero al cabo, despues de sufrir una rigurosa prision, ámbos fueron declarados inocentes por la Junta que sustanció la causa.

Esto sucedia a fines de 1817. Por el mismo tiempo llegaba a Valparaiso la noticia de que el virrei alistaba bajo su bandera cuanta tropa podia, y que ya estaba pronta a embarcarse para invadir de nuevo el pais. El jefe era Osorio y traia consigo, ademas de su loca esperanza, algunos veteranos de la metrópoli que contaban muchas victorias y que habian tenido la fortuna de vencer al moderno Alejandro. Pezuela y Osorio creian el triunfo y la reconquista fáciles, puesto que la patria no podria oponer, segun ellos, mas que soldados bisoños que tropezarian a una evolucion o que vacilarian de cansancio en la primera marcha. Insensatos! ignoraban que el corazon resuelto vale por largos años de servicio, y que la mejor disciplina es el amor a la patria. Un pueblo que quiere ser libre hace milagros.

Inmediatamente que se supo la noticia, San Martin, de acuerdo con O'Higgins que se hallaba entónces en el sur, se dirijió a Valparaiso temiendo que el jeneral enemigo intentase desembarcar en ese puerto. Y para poder ocurrir con prontitud llegado el caso, se acantonó en la hacienda cercana llamada de las Tablas. San Martin trajo consigo a Rodriguez en calidad de auditor de guerra, cuyo destino desempeñó miéntras estuvo allí el ejército, sin que mediasen inconvenientes ni obstáculos entre él y su superior. Mas al dirijirse el ejército al sur, donde el enemigo le aguardaba, recibió órden de trasladarse a Buenos-Aires, segun dicen algunos, en calidad

de agente diplomático. Como se ve era una tendencia fastidiosa y ya un partido tomado el alejamiento de Rodríguez. San Martín y O'Higgins parece que le temían por su popularidad, por su decidida abnegación, y sobre todo, por esa enérgica voluntad que no lograban abatir ni dádivas aduladoras ni remotos temores. Vióse, pues, de nuevo obligado a ocultarse como vil criminal; pero por poco tiempo. Esta vez su vindicación avergonzará a sus enemigos. Su nombre será voz de orden y de esperanza en la derrota, y su palabra sublime el vaticinio de victoria para el último combate.

Mientras tanto el ejército independiente caminaba hacia el sur. El insultante enemigo le amenazaba y ámbos ejércitos ardían en coraje de pelea. Avístanse por fin el 19 de marzo de 1818. En la tarde de ese día se chocan las caballerías en las márgenes del Lircay; la de los españoles rechaza la nuestra con ventaja y la obliga a replegarse al campamento patrio con lamentables pérdidas. Entónces el atrevido Ordoñez propone una sorpresa; lo secundan Latorre y Primo de Rivera; y en la noche de ese mismo día el osado intento casi postra de un golpe la fuerza de la república. Los jefes del ejército independiente no lo sospechaban siquiera; y cuando ménos lo esperaban, cuando quizás algunos saboreaban el deleite de un festín, halláronse envueltos por los pelotones enemigos que aclamaban Fernando y España. La noche era oscurísima y solo el reflejo siniestro de la pólvora iluminaba sus tinieblas. El desorden se introdujo en nuestras filas; los jefes pretendían reunirlos y nada conseguían. Los batallones tiroteábanse entre sí. La mayor parte de nuestra artillería fué apresada; y despues de tres horas de confusa lid hubo que ceder el campo al enemigo. La noticia de este desastre cundió como una gangrena de terror. En todas partes no se oía mas que la respiración zozobante del estupor. Todos se preguntaban: ¿qué va a ser de nosotros? ¿qué nuevos martirios traerán nuestros aborrecidos opresores? El 21 en la tarde algunos dispersos llegaron a Santiago y esparcieron inmediatamente la noticia de la funesta derrota. Como ellos la narraban era todavía mas alarmante. Era la hora de las meditaciones sombrías y de los presentimientos fúnebres; la hora de los melancólicos recuerdos, vagos como una nube, indefinidos como un ensueño, inefables como una melodía interna, tristes como el semblante de un cadáver. La luz del crepúsculo vacilaba; desteñidos celajes la envolvían y las tinieblas estendían su crespon de luto sobre el acongojado cielo de la aterrada ciudad. Las mujeres desesperadas suplicaban con lágrimas y suspiros; los hombres atemorizados iban y venían; preguntaban aquí, consolaban allá y no sabían qué hacer entre la confusión y el miedo. Nadie durmió esa noche. ¿Quién puede cerrar al sueño las pupilas cuando tiene en su alma el espanto?

Casi todos consideraban perdida la patria y trataban de poner en salvo sus vidas y sus familias, disponiéndose a repasar esas barreras del tiempo, peligrosas como él, que muchos de ellos acababan de atravesar desalentados y jadeantes. El supremo delegado don Luis Cruz, contajado con el

miedo universal, y creyendo como la mayor parte desesperada la defensa, encajonó los caudales dirijiéndolos a Mendoza. Luego despues convocó a una reunion de todo lo mas neto de la poblacion, para acordar o planes de fuga o de resistencia. La reunion tuvo efecto al dia siguiente, y apesar de las buenas y decididas reflexiones de algunos, estas no influyeron nada en el ánimo del delegado ni en el de la mayor parte de sus habitantes. Muchos de estos tenian sus monturas preparadas, y aun se dice, que ya se les habian repartido cabalgaduras y aperos a todos los empleados.

La sorpresa de Cancharráyada hubiera sido un golpe decisivo sin la heroicidad e intrépido carácter de don Juan Gregorio de Las-Heras. Sin la division retirada por él, sin sus esfuerzos magnánimos para conservar en ella la union y la esperanza, la patria habria tenido que lamentar quizá muchos dias de sufrimiento y de amargura. El arrojo y una carga sostenida y veloz, ejecutada por el valiente Bueras, dieron tiempo para la reorganizacion de esta columna, que iba a ser el apoyo del nuevo ejército.

El mismo jeneral San Martin, intimidado y perplejo, envió circulares a todos los gobernadores en las cuales se confiesa, si no vencido, completamente derrotado. Al extremo norte de la república, a Copiapó, dos dias despues de haberse jurado la independendencia en aquel pueblo, llegó una de esas circulares en la cual terminantemente se le mandaba al gobernador que hiciese conducir todos los alimentos y objetos de valor a la otra banda de los Andes y que incendiase lo que fuese de imposible llevada. El gobernador habria cumplido inmediatamente la órden si la enérgica oposicion de dos vocales de la junta de cabildo, a quienes llamó a secreta consulta, no le hubiese aconsejado la demora. Los españoles estaban allí en mayoría y ese paso les hubiera entregado la ciudad poco ménos que amarrada. Tal era el conflicto de los patriotas en las mas apartadas rejiones de la república. Qué seria en la capital en donde aguardaban por instantes la invasion del enemigo triunfante, que vendria a castigar con la horca o con el azote a los rebeldes que pretendian sacudir su yugo y emanciparse de un gobierno que los consideraba como su propiedad inviolable!

Lastimoso como se ha dicho era el estado de la poblacion de Santiago. Para reanimarla y volverla a la esperanza, era necesario un choque poderoso que golpease sus fibras con fuerza, y que trastornando la vida presente iluminase con un prestigio de entusiasmo esas ideas de patria y libertad que todas las inteligencias balbuceaban, que todos los corazones presentian. Una palabra, una centella y la transformacion se manifestaria radiosa.

Manuel Rodriguez estaba destinado a ser el salvador de la patria y el alma de toda esa poblacion temerosa y vacilante. Abandona su retiro y se presenta a sus amigos, reúne a los mas osados, arenga en la plaza pública, fascina al pueblo con su mirada, lo reanima con su palabra, lo subleva con su entusiasmo y su eléctrico ardor le comunica. Las quejas callan, los corazones se sosiegan, el miedo se transforma en audacia y la multitud se

apiña impetuosa al rededor del hombre májico que la inflama con su enerjía, que la esfuerza con su voz. El nombre de Rodriguez resuena en todas las bocas, sus prodijiosas hazañas se recuerdan, la calurosa imajinacion multiplica su prestigio, el entusiasmo popular deifica su heroismo, y todos unánimes lo proclaman futuro libertador y esperanza de la patria.

Dignos de memoria son tambien los esfuerzos y el apoyo que prestaron a Rodriguez los ilustres potriotas Cienfuegos, Barra, Fontecilla, Infante, ese Caton bravío. La historia no debe tampoco relegar al olvido los nombres de las heroínas que desdeñando el peligro y temiendo el de la patria, se lanzaron arrogantes a la arena del tribuno, rivalizaron con su audacia y encendieron en mas de un corazon apocado la llama del patriotismo y del valor. La voz de la mujer tiene la irresistible uncion de la ternura, responde a todas las vibraciones del sentimiento jeneroso, simpatiza mas con la desgracia y se hace mas clara y persuasiva cuando hai algo que compadecer, algo que consolar. Los nombres de las señoras doña Mercedes Rojas, noble hija de uno de los primeros patriotas, y el de la señora doña Luisa Recabarren, esposa de un hombre ilustre y patriota, bien pueden marchar unidos con honra y con luz propia a los nombres de Infante, Cienfuegos y Rodriguez.

En las circunstancias difíciles, la actividad es el triunfo. Cuando se ha conseguido despertar un entusiasmo, es preciso mantenerlo en perpetua reaccion, produciendo a cada instante inesperadas emociones y espectativas nuevas. Rodriguez que conocía la importancia de ese proceder, aprovechaba sus efectos y manejaba las voluntades diversas con la certeza y armonía del hombre que está avezado a las dificultades y que tiene confianza en vencerlas. El delegado Cruz, recobrado ya de su estupor, y toda la jente notable de la capital reunidos en sala de palacio acuerdan por unanimidad y en virtud «de la autoridad que reside en el pueblo, que las facultades del «Supremo Director propietario se entiendan una e indivisiblemente delegadas en toda su estension en los ciudadanos, coronel don Luis de la Cruz «y teniente coronel don Manuel Rodriguez, de cuyo enérjico celo, actividad y verdadero patriotismo espera el pueblo la salvacion de la patria.»

Rodriguez tomó únicamente sobre sí la responsabilidad del peligroso encargo y empezó a organizar un plan de defensa decidido y heróico. Instantáneamente impartió órdenes para hacer volver los caudales públicos, para prevenir a los que emigraban y para enarbolar bandera de enganche en todas partes. Hizo venir a los frailes y los envió a la Maestranza para ocuparlos en hacer cartuchos. Repartió armas a sus amigos, levó una pequeña guarnicion y conjuró cuantos obstáculos se le oponian con su prontitud de injenio, su enerjía de carácter y su franca audacia. «Aun tenemos patria,» exclamaba arrebatado; y miéntras haya resolucion, miéntras haya aliento, tendremos libertad. Que los tímidos huyan, que los cobardes se humillen, qué importa? el valor no mira la barrera, la traspasa!

Hizo un llamamiento jeneral a las armas y en pocas horas acudieron a alistarse mas de 300 voluntarios que formaron el escuadron de los húzares de la muerte. La mayor parte de los soldados que compusieron este escuadron, fueron jóvenes decentes, entre ellos algunos veteranos. Rodriguez se nombró coronel; nombró a don Manuel Serrano teniente coronel, y sarjento mayor a don Pedro Aldunate. Todos debian venir equipados a su costa, con escepcion de las armas. En la esquina del cuartel de San Diego se colocó la mesa, clavada al lado su emblemática bandera. ¡Cuántos de esos nobles voluntarios acudirian ganosos de gloria y de ínclitos hechos!

Cuando San Martin y O'Higgins llegaron a Santiago, nadie pensaba en el desastre, nadie en huir, y todos se ocupaban en aprestos guerreros para rechazar al enemigo. Los antiguos temores habian desaparecido, y en su lugar un ardimiento varonil y una confianza sin límites alentaban a la poblacion. Toda ella estaba dispuesta a morir o a vencer. Rodriguez depositó el mando inmediatamente en su superior, exijiendo de él que le dejase la comandancia del escuadron de húzares para asistir al próximo combate. O'Higgins se lo concedió. El peligro era inminente y las injustas persecuciones, los insidiosos rencores, los móviles bastardos, se convertian en otros tantos impulsos de actividad, dominados por la única y sagrada obligacion del momento; aniquilar al invasor y salvar a Chile. O'Higgins a pesar de estar bien molesto con su reciente herida, recorría las calles, despachaba órdenes, tranquilizaba a los temerosos e infundía esperanzas con la serenidad de su rostro altanero, aunque pálido. San Martin no hacia ménos esfuerzos en la reorganizacion del ejército. Por último, vino a completar el gozo de la poblacion la llegada del intrépido Las-Heras que al tronar de las salvas y al rimbombar de las campanas acampaba con su gloriosa columna en el cuartel jeneral, situado a una legua de la capital. El 29 de marzo fué un nuevo dia de regocijo y de triunfo que preparaba el dia supremo.

Mientras tanto el engreido Osorio avanzaba, pero con lentitud. El valeroso Ordoñez queria devorar las distancias y aparecer como un cometa sangriento en la aterrada capital. Su ardor belicoso le engañaba. Sus atrevidos esfuerzos hubieran escollado con las dificultades de una azarosa marcha, con la fatiga del soldado y con el desórden consiguiente. Osorio, mas calculador o ménos osado se opuso a la resuelta intencion de Ordoñez, y gastó trece dias con los que estuvo en Talca en atravesar la distancia que hai desde Cancharrayada hasta las orillas del Maipo. El dia 1.º de abril lo vadea por los lados de Lonquen y el 3 acampa en la hacienda de la Carrera. Despues de mil vacilaciones y recambios, decídese por fin a presentar combate, desplegando sus fuerzas hácia el costado del valle mas desigual y ventajoso. Los patriotas no se amedrentan por esto y afrontan al enemigo con decision y coraje. La lucha empezó; retumbó el aire a las descargas de ámbos ejércitos, y al cabo de algunas horas el grito de «!la patria es libre!» se unia a las gloriosas aclamaciones del soldado. La victoria fué completa.

Casi todos los enemigos quedaron en el campo o muertos o prisioneros. Ordoñez entregó su espada a un valiente como él, y obtuvo de su enemigo las consideraciones y la honra que merece el valor. Osorio tomó la fuga, acompañado de algunos oficiales, y llegó a Talcahuano con uno solo. Ya no existían enemigos; Chile inauguraba una época nueva, y el 5 de abril era su primer padron.

Rodríguez y su valeroso escuadron resguardando otros lados, llegaron al campo de batalla cuando ésta estaba decidida; pero aun alcanzaron un triunfo que bien servía de corona al triunfo de Maipo. Ellos fueron los que acorralaron y rindieron al temible realista Anjel Calvo, célebre desde mucho tiempo como desertor de la causa independiente y como feroz caudillo. Dos días después recibió orden del Director el teniente coronel Serrano para perseguir a los fujitivos, y desde el mismo campo partieron inmediatamente. Rodríguez, al despedirse de sus bravos compañeros, les recordó los peligros pasados, les habló de la patria, de la libertad, les aconsejó con la ternura del amigo; y mientras ellos tendían riendas hacia el sur, Rodríguez se dirigía silencioso y pensativo hacia la capital, presintiendo quizá su triste muerte.

El escuadron pasó el Maule y luego fué llamado a Talca, y allí por orden suprema desarmado. Desde Santiago destacaron con este objeto al rejimiento de granaderos y el jefe de ellos, al mismo tiempo les intimó orden para que se presentasen al gobierno. Así lo hicieron, O'Higgins los recibió friamente, les dijo que los llamaria en caso necesario y los despidió. Después muchos de ellos fueron violentamente perseguidos.

Hubo jente adicta y adulatora del Director que propalaba la ridícula invencion de que Rodríguez pensaba con esa fuerza suscitar una reaccion y derrocar a O'Higgins.

La actitud del gobierno hostil para el ciudadano y la pletórica vanidad del Director Supremo, habian estendido una especie de malestar público que circulaba como una atmósfera empapada de vapores maléficis y de dificultosa respiracion. Al cabo el 17 de abril reunióse en la sala capitular gran parte del vecindario y comisionaron a tres personas notables para que se presentasen al dictador, pidiendo la reorganizacion del antiguo cabildo; mientras se nombraba un congreso nacional que zanjase los derechos de la nacion, y exijiendo la abdicacion de una dictadura militar absorbente, incompatible ya con las necesidades progresistas y con las circunstancias del dia. O'Higgins rechazó con altanería la justa proposicion; reprendió a los comisionados, los llamó ingratos y fulminó un destierro contra dos de ellos.

Rodríguez habia desempeñado un papel importante en este drama. Como tantas veces, su palabra habia sido la reveladora de la libertad y la anatematizadora de toda esclavitud, de toda medida arbitraria. Plebeyo de corazon y de ideas, amaba al pueblo, lo enseñaba, lo dirigia, y creia firmemente que era nula y usurpada toda autoridad que no emanase voluntaria y

libremente de él. Pero sus rivales habian vuelto a tramar de nuevo su perdicion con mas seguridades que ántes. Esta vez no se les podria escapar. La espada de los héroes se iba a convertir en arma alevosa. Ellos preparaban la traicion y la infamia que debia consumir la bajeza y la cobardía. Llamóse movimiento revolucionario, a la libre manifestacion del pueblo y revoltoso incorrejible, al mantenedor de sus libertades, al orador de sus derechos.

Para narrar los acontecimientos que se subsiguieron y el asesinato que los corona, nada mejor puedo hacer que copiar la carta siguiente, en la cual un testigo de vista y de oidas, despues de treinta y dos años pasados, refiere los hechos sin odio, en estilo llano y confidencialmente. Los que niegan la parte que ha tenido O'Higgins en ese asesinato quieren documentos públicos, exigen decretos firmados; pero eso a dónde se encontraria? Cuando se comete una infamia se borra el rastro primero.

Copio primero la carta que da lugar a la otra de que he hablado :

Santiago, abril 6 de 1850.

Mi querido Manuel :

En este momento me ruega Ambrosio Rodriguez te dirija esta, con el objeto de preguntarte si supiste alguna vez el lugar cierto en que dieron sepultura a su digno y desgraciado tio don Manuel; porque desean trasladarlo al panteon y rendirle este estéril y dilatado homenaje. Yo recuerdo que eras tú ayudante de Alvarado, bajo cuyas órdenes marchaba preso para Quillota y talvez fué asesinado. Como el fin de esta averiguacion es el que te indico, y como tambien conviene dejar consignado en la historia este hecho atroz, me dirás confidencialmente cuanto recuerdes sobre el particular. Te escribo mui de prisa. Tu fino hermano y constante amigo.---

DIEGO JOSE BENAVENTE.

Coroney, abril 17 de 1850.

.....

«A mediados de abril del año 18 fué aprehendido el desgraciado coronel don Manuel Rodriguez, por disposicion del gobierno de aquel entónces, y remitido al cuartel de cazadores de los Andes (en San Pablo) a disposicion del comandante del cuerpo, teniente coronel don Rudesindo Alvarado, natural de Salta en el Tucuman. Incontinenti hizo este jefe se nombrase una partida de veinte y cinco soldados, incluidos cabos y sarjentos, de los de toda su confianza, bajo las inmediatas órdenes de los tenientes segundos don Manuel Antonio Zuloaga y don N. Navarro, el primero mendocino y el segundo español, oficial que habia traído el jeneral Milans a Buenos-Aires. A esta escolta fué confiada la custodia del infortunado Rodriguez,

con la instruccion que ella sola era responsable de la seguridad del reo y que no debia recibir mas órdenes que las que particularmente le impartiese el mismo comandante. En un cuarto que estaba a inmediaciones de la torre del templo, y en rigurosa incomunicacion, permaneció algo mas de un mes; pero cuando le tocaba a Navarro vijilarlo solia sacarlo a media noche a paseo disfrazado; se apartaban en la esquina del sud de la plazuela, y en este mismo punto se volvian a reunir una hora ántes de diana para entrarlo a su prision. Los amigos con quienes se veia Rodriguez en estas salidas nocturnas le instaban que aprovechase la circunstancia para escaparse; que quizá, le decian, su existencia corria riesgos; y él les contestaba que de ningun modo podia resolverse a dejar comprometido a un infeliz oficial que le trataba con tanta confianza; que era un caballero y no un cochino: estas eran sus terminantes palabras.

El 22 de mayo, poco ántes de formarse las compañías, se me apersonó Navarro y me dijo: «Mi capitán (era teniente segundo agregado a mi compañía) tengo que confiar a U. un secreto mui importante y delicado; ya sabe que lo considero como mi único amigo en América; quiero que U. me dispense el favor de emitirme su opinion.—Sobre qué? le reproduce.—Anoche, me contestó en seguida, he sido llamado por el comandante y me ha llevado al palacio del Director sin decirme ántes para qué. Llegamos a la pieza reservada de este señor, donde lo encontramos con el señor jeneral don Antonio Balcarce; se nos mandó sentar despues de saludarnos, y al poco rato se dirigió a mí el señor O'Higgins y me dijo: U. como recién llegado al país quizá no tenga noticia de la clase de hombre que es el coronel don Manuel Rodriguez; es un sujeto el mas funesto que podriamos tener, sin embargo de que no le faltan talentos y que ha prestado algunos servicios importantes en la revolucion. Su jenio díscolo y atrabiliario le hace proyectar continuos cambios en la administracion, nunca está tranquilo ni contento, y por consiguiente su empeño es cruzarnos nuestras mejores disposiciones; ademas es un ambicioso sin límites. En vano el gobierno, y aun el jeneral San Martin, han tratado de atraérselo tocando todos los arbitrios y ardides imajinales, mas nada, nada, ha sido suficiente. Para desprendernos de él, de un modo honroso y satisfactorio para él mismo, intentamos mandarlo a los Estados-Unidos, investido con el carácter de nuestro representante; pero él encontró arbitrios para burlarnos, escapándose del castillo de San José en Valparaiso, donde se le tenia detenido hasta el momento de verificarse el embarque; para cuyo viaje, su comandante que está presente, debia entregarle una cantidad considerable de dinero que con este fin le habia remitido el gobierno. Así es, pues, que los intereses de la patria exigen deshacernos de este hombre temible, y para realizarlo nos hemos fijado en U. Su comandante nos lo ha indicado como un oficial a propósito, y contamos seguro de que U. no se desdeñará de prestar este servicio importantísimo a la patria. Nuestro plan es que en la marcha que vá

a emprender su batallon para Quillota, deberá caminar U. con el preso y la escolta como a distancia de una o media cuadra a retaguardia del batallon, sin permitir la mas mínima comunicacion de los soldados de éste con los de la escolta. Su alojamiento será siempre como a distancia de dos a tres cuadras del lugar donde se acampe el cuerpo, guardando la mas estricta vijilancia con el reo; y en uno de estos alojamientos, aprovechándose de cualquiera oportunidad que se le presente, le dará la muerte, bajo la inteligencia de que el gobierno le compensará satisfactoriamente este servicio.—Yo me quedé abismado al oír esta relacion; callé y O'Higgins continuó:—Anoche se habia llamado con el mismo objeto a Zuloaga, pero este jóven es demasiado pusilánime, no se ha atrevido a perpetrar el hecho, nos ha contestado un disparate, y por último hemos convenido que no es el mas a propósito para el desempeño de tan importante comision. Vamos, Navarro, no se detenga U., reflexione lo que le importa obedecer; pero cuidado, mucho secreto; este asunto solo pasa entre nosotros.—Sin embargo de que casi se me obliga a entrar en tan espinoso negocio sin trepidar, he pedido 24 horas para decidirme y no sé qué decir esta noche que es cuando debo dar mi contestacion.»

Absorto yo con el secreto, y temeroso de que todo esto fuese una red que trataba de tenderme, continuaba en mi silencio; mas instándome a que le dijese mi parecer, y la contestación que podria ocurrírseme le dije: ¿Por qué no se excusa U. como Zuloaga? El me contestó entónces: ¿No considera U. que soi español, que no tengo relacion alguna en el pais, y que si no me presto a la maldita comision que se me quiere dar, probablemente se desharán de mí por temor de que revele el secreto? Agregue U. que nuestro comandante es el que mas me compromete.—Entónces me separé de él diciéndole: U. sabrá lo que se hace.

El 25 de mayo a la madrugada, emprendimos nuestra marcha para Quillota. Navarro, armado con las pistolas del mismo comandante Alvarado, caminaba con su escolta a retaguardia. Un capitán que mandaba la guardia de prevencion, y que por consiguiente caminaba tambien a inmediacion de la referida escolta, tuvo la ocurrencia o imprudencia de pasar a saludar al preso, poco ántes de llegar a las casas de San Ignacio, brindándole un cigarro de papel, dentro del cual habia escrito con lápiz las siguientes palabras: «huya U. que le conviene»; cuyo cigarro, dijo despues Navarro, habia sorprendido; y quizá esta fué la causa de algunas desgracias que sufrió el referido capitán (1).

La noche del referido dia 25 alojó el batallon en Colina, en una hacienda que se nos dijo era de un señor Larrain, y creo es la misma que tuvo comprada el jeneral Pinto. Aquí creí que se consumase tan horroroso atentado; pero no sé por qué motivo se hubiese suspendido. El 26 a la

(1) El capitán es el mismo señor Benavente, autor de esta carta.

madrugada salimos de este punto, y a las cuatro de la tarde llegamos a Polpaico. El batallón se extendió a las orillas de un arroyo que corre a inmediaciones de las casas principales de la hacienda; y Navarro con su preso y escolta se alojó en una casita que decían era una pulpería, distante como tres cuadras a nuestra retaguardia. A la oración, y estando yo con Camilo nuestro primo, paseando en nuestro campamento, oímos el estallido de una pistola. «Eh, me dijo este, ya murió el amigo Rodríguez.» Inmediatamente se esparció la noticia silenciándose las circunstancias. Al día siguiente, también de madrugada, seguimos nuestra marcha, llegamos a San Pedro y el 28 entramos en Quillota.

El 30 me dió orden Alvarado para que formase un inventario de la ropa y demas cosas pertenecientes al finado Rodríguez. Entre todas estas prendas encontré una chaqueta verde bordada con trencilla negra y una camisa de estopilla, ámbas ensangrentadas y rotas por la bala en la parte derecha del cuello, y eran las que seguramente tenía puestas en el momento del asesinato. En este momento, y delante de un sarjento que me presentaba las diferentes piezas, no pude ménos de esclamar: «ni aun la ropa que tenía le han dejado en el cuerpo.» Después de esto ya se decían las circunstancias del hecho; se nos dijo que Navarro para perpetrarlo se había desprendido de toda la escolta, quedándose solo con el cabo Gomez; que a unos había mandado por leña, a otros por agua y a los restantes por víveres al batallón. Quedando solo con dicho cabo y el señor Rodríguez, invitó a éste para ir a ver a unas vivanderas, situadas a las inmediaciones; y que caminando con este objeto le hizo llamar la atención sobre una que tenía regular figura; que en el momento de fijarse le había tirado el pistoletazo por debajo del poncho, poniéndole de repente la pistola cuasi en el mismo cuello, y que herido Rodríguez no había hecho mas que dar dos vueltas y caer sin articular una sola palabra. En seguida Navarro se rompió con un cuchillo por tres diferentes partes la manta, para poder pretestar seguramente que la muerte había sido ocasionada porque fué primeramente acometido; circunstancia que intentó hacer valer, pero que Zuloaga se la anuló con su primera declaración en la causa que se quiso formar, y por la que aseguraba que la muerte se había cometido por orden del gobierno. También supimos que el cadáver se había traído a la capilla de Tilttil, y unos decían que había sido enterrado dentro de la misma capilla y otros en una barranquita que estaba a las inmediaciones; pero si existe el cura o sacristan que servían la parroquia en aquel tiempo, estos pueden dar la noticia exacta sobre este último respecto, que yo no puedo dar porque toda esta maniobra se hizo a nuestra retaguardia y de un modo tan sigiloso que fué imposible traslucirlo (1). Don Bernardo Luco que tuvo el

(1) En las Ancuviñas, cerca de un maiten y como a una legua de las casas de Polpaico, fué cometido el asesinato.—En la capilla de Tilttil, arriba del Presbiterio, a mano izquierda, fué depositado el cadáver ocultamente por el juez, donde todavía quizá existe.—*Nota del Autor.*

arrojo de proponerse descubrir el hecho, me dijo a los pocos dias que él sabia donde estaba sepultado, y segun quiero recordar, parece me aseguró que lo habia desenterrado. Si no estuviese este amigo tan distante de esta, habria tomado alguna noticia de él.

Parece que no he andado mui flojo para cumplir con tu encargo; lo relacionado creo demasiado para que puedas dar una idea bastante circunstanciada a tu amigo. Dispensa, pues, los borrones, enmendaturas y demas faltas que encuentres en mi larga y minuciosa narracion. Acuérdate que he sido únicamente soldado y despues huaso (1).»

Tu afectisimo hermano y mejor amigo.

MANUEL JOSE BENAVENTE.

Responda cualquiera que haya leído la carta anterior, si hai algo en ella que no parezca enteramente cierto. El que la ha escrito vive aun; y no puede suponerse interes personal de acriminar a otro, en un hombre que retirado de los sucesos tanto tiempo há, puede considerarlos tales como pasaron. Por mi parte, creo que dicha carta es un documento interesante, que debe acompañar a la historia, como un testimonio mas a la multitud de otros que confirman el asesinato alevé y la complicidad de O'Higgins.

Debo aquí consignar un acto digno que embellece la memoria de un hombre, oscuro en su servicio, però brillante por él solo. Invitado primero que Navarro, el teniente del mismo batallon Manuel Antonio Zuloaga, éste rechazando enérgicamente la inicua proposicion, contestó: «que la espada que ceñia era para combatir al enemigo y no para asesinar patriotas.» Bellas palabras que debieran haber ruborizado a esos hombres que comprendian lo que era honroso, lo que era grande y lo que era mezquino y degradante.

O'Higgins recibió impasible la noticia que para todos era funesta, y continuaron como ántes los preparativos de la expedicion que debia zarpar al Perú. Navarro continuó prestando servicios y el capitan Benavente fué enviado a Buenos-Aires y allí inmediatamente dado de baja.

Poco despues se inició un proceso contra Navarro. Zuloaga, llamado como testigo, reveló lo que sabia, y en su declaracion acusaba al Director al mismo tiempo que a Navarro; mas éste y el proceso desaparecieron al poco tiempo. Los soldados que lo acompañaron en el crimen fueron enviados a Córdoba, y con recomendacion especial para el coronel Bustos. Lo que es realmente cierto es que nunca se pensó en castigar al asesino porque temian las revelaciones. Al contrario, trataban de ocultar el crimen y propalaban rumores embusteros para terjiversar de esa manera la realidad. El hecho siguiente comprueba la verdad de este aserto. En la época del embarque de la expedicion al Perú, hallábase en Valparaiso el anciano padre de

(1) De estas dos cartas existen en mi poder copias autorizadas.

Rodriguez. Estaba allí no por su voluntad sino por orden superior. Sus otros dos hijos, don Ambrosio y don Carlos, militares tambien y desinteresados patriotas, seguian la desgraciada suerte de los hermanos Carreras, y sufrían como ellos las amarguras del destierro y de la persecucion mas tenaz. Un jóven a la sazón estaba en Valparaiso y habitaba en la misma casa que el infeliz anciano. Varias veces habian conversado juntos, y casi siempre la memoria del hijo sacrificado arrancaba lágrimas al desdichado padre. Para el jóven, como para tantos otros, era un misterio la desaparicion de Rodriguez. Amistado con uno de los ayudantes de San Martin y preguntándole sobre el destino de Rodriguez, oyó de boca del oficial que habia sido enviado al Perú para preparar la llegada de la expedicion, como ántes lo habia sido de Mendoza, para allanar el camino del ejército restaurador. Que por eso (le decia) se obraba con tanto sigilo; y añadia con certeza que del valor de Rodriguez debian esperarse grandes cosas. Inmediatamente voló a comunicar a su triste amigo tan agradable noticia, consolándole y esperando mucho de su realidad. El anciano dió gracias al jóven; pero le dijo que no creyese, que eran solo invenciones de sus enemigos, y que él estaba bien seguro de la muerte de su hijo; porque habia visto en manos ajenas un reló que le habia regalado en mejores dias, como una prenda de cariño, de la cual no podria haberse desprendido jamás sino con la muerte. Pobre anciano! su corazón estaba ya tan herido que no abrigaba ni podia abrigar ninguna esperanza.

Mientras duró el gobierno de O'Higgins, ninguna voz acusadora se levantó en su contra; ni cómo era posible que se levantase en la postracion y abatimiento moral en que todos yacian? Los mas atrevidos apenas osaban acusarle en secreto y en el recinto de su casa.

En el año 23, Navarro volvió a Santiago; fué denunciado como asesino de Rodriguez, y el gobierno de entónces lo mandó juzgar. O'Higgins habia caído; pero el consejo de guerra se compuso en su mayoría de adictos a O'Higgins, y por consiguiente, de interesados en ocultar su crimen. Navarro nada confesó; invocaba para defenderse el testimonio de otros; en fin, vacilaba en todo y en todo mentia. El consejo falló sobreseer en la causa, y el asesino huyó protegido por jefes de alta graduacion y personalmente interesados. El proceso y todos los documentos que comprometian en algo al gobierno de O'Higgins, fueron consumidos por el fuego. Por eso hai fanáticos de O'Higgins que validos de la impunidad por falta de pruebas, niegan cuanto les desfavorece, llaman *vulgaridad* lo que es un crimen. Pregúntese a los hombres de aquella época y todos ellos responderán, con la conviccion mas profunda, que O'Higgins fué el asesino. Es ridículo exigir pruebas evidentes en una accion tenebrosa. Todavía la historia del gobierno de O'Higgins está incompleta. Los asesinatos y destierros de los patriotas en la otra banda, las prisiones de muchos de ellos en las casamatas del Callao, y los dobles suplicios en Santiago, son hechos horribles que la histo-

ria no ha compilado aun, pero que recuerdan con estremecimiento súbito los hombres de aquella época.

Para deshacerse de Rodriguez, O'Higgins llamó ántes que a Alvarado, a don Mariano Necochea; pero este bravo oficial, le contestó que si lo creia culpable lo hiciese juzgar, y que él lo fusilaria en la plaza pública. Necochea despues ha negado este hecho. Tal vez por no reabrir heridas que querria ver cicatrizadas, el bravo de Junin, negaba un acto que le favorecia a costa de una infamia para algunos. Tambien como Necochea hai otros cuya revelacion seria la verdad, pero que se encierran en su silencio por las mismas causas. Yo he recojido datos de boca de un hombre de entónces, datos que con su nombre tendrian un merecido valor; pero que sin él son reprochables. Fué vocal del último consejo que juzgó a Navarro, y el único que reconoció su culpabilidad. Mas me está prohibido revelar su nombre.

Cayó al fin el gobierno de pandilla; y cuando la justicia reemplazó al capricho despótico, los buenos patriotas don José Manuel Gandarillas y don Diego José Benavente, consagraron sus plumas al descubrimiento de la verdad, y esclarecieron mil hechos que habian oscurecido la mentira y la baja adulacion.

O'Higgins despues de su obligada abdicacion, tuvo que marcharse a Lima. Allí arribó años despues don Carlos Rodriguez, hermano de la víctima. Intimamente convencido de que O'Higgins era el asesino, lo llamó seriamente a un desafío. O'Higgins rehusó batirse. Esquivaba el duelo no por cobardía; O'Higgins no se arredra en el peligro. Temia quizá que la mano le temblase o que la vista vacilase estraviada ante la presencia de un hermano que reclamaba a su hermano vilmente asesinado. Enfurecido don Carlos con la negativa, lo insultó entónces públicamente, tal vez con sobrada acritud; y el héroe de Rancagua se despojó de su dignidad y descendió a una acusacion jurídica. En esta, don Carlos salió condenado, como era de esperarse, pues que faltaban las pruebas y el delincuente las exijia. Un doctor Asensio fué el defensor de O'Higgins, y publicó en favor de su cliente un panfleto que merece por sus calumnias groseras, por sus exajeraciones injustas y por sus chabacanos insultos el mas solemne desprecio. En vez de ser justificacion es una acusacion contra O'Higgins. Mas le hubiera valido para su reputacion desdeñar e impedir la circulacion de ese folleto denigrante, que escupe sobre Chile y sus mejores hijos, con la desfachatez de un leguleyo asalariado y con la desvergüenza de un escritor menguado.

Manuel Rodriguez murió en la flor de sus años; a los treinta y cuatro apénas, cuando hai mucho horizonte y muchas esperanzas. Todavía se ignora a donde yace su cuerpo; todavía el que salvó a su patria tantas veces aguarda el sepulcro que ha merecido. La posteridad es imparcial y su fallo es la justicia; ella lo coronará.....

Historia de mi patria, caos deslumbrador; quién manifestará tus for-

mas, quién purificará el oro de la escoria? Despues de la fria narracion de Thiers, sonará el himno de Lamartine? vendrá la epopeya luminosa de Michelet, resurreccion de la justicia y redencion de la verdad?

Una palabra mas todavía. La jeneracion presente es un árbol robusto; la sávia del porvenir fluye por su corteza. Plantado en buen terreno crecerá para engrandecerse; estenderá sus ramas, no por el inmundo suelo de las preocupaciones y maldades, sino por el espacio sublime de las grandes ideas, de las infinitas aspiraciones; y realizará así esa lei de progreso eterno que vivificándolo todo, todo lo alienta y reanima, desde el insecto hasta el hombre, desde la flor hasta el astro. Las ideas caducas, desaparecen como una exhalacion pantanosa y otras ideas mas nobles, mas verdaderas, agitan los cerebros, surjen de las tinieblas de la supersticion, y se posan luminosas, como un manojo de rayos divinos, en las cunas de los que nacen, en los sepulcros de los que mueren. Todo se destruye para transformarse y variar de aparicion. La humanidad es un sol sin occidente, que asoma en las cumbres del pasado transfigurándolo; que alcanza al meridiano del presente, descubriendo en un horizonte que jamás se estrecha o se oscurece, las fases de otros mundos, cuyas jigantes elipsis circundan un espacio infinito y luminoso, sin término y sin fin. Pero es necesario volver la vista atras para enviar un saludo de gratitud a los que nos han precedido; es necesario detenerse un poco para consagrar un recuerdo a esos hombres que nos dieron una patria y que no tienen siquiera sepultura; es necesario escribir en mármol esa historia que languidece olvidada como una pájina de oprobio, iluminando en la piedra la cifra y la memoria. Las estatuas aisladas de fulano o de sutano son bellas como adorno artístico, realzan al escultor; pero no hablan nada al pueblo, no despiertan su pensamiento adormecido. No jira por ellas ese murmurio dulce que parece el lamento de un pasado anheloso, que vibra en todos los labios como el resuello de una jeneracion extinguida. Ante la efijie de un hombre, el pueblo pasa indiferente y descuidado; ante el monumento de una época, se siente conmovido de religioso amor, lo contempla y se postra. Además ¿por qué establecer esa separacion? ¿por qué introducir esas escepciones? Nuestra emancipacion no ha sido la obra de un solo hombre; todos han contribuido, todos se han sacrificado por ella, y la patria a todos debe estar reconocida. Olvídense, pues, los rencores, las parcialidades vergonzosas; cesen las acusaciones injustas, los ditirambos violentos; cada hombre traiga sus lauros, y donde se coloquen Freire y O'Higgins, aparezcan las figuras de Carrera, Rodriguez, Infante, Ibieta y tantos otros, formando unidos así el monumento de nuestra independencia, con toda la pureza de su gloria, con todo el resplandor de su idea!

GUILLERMO MATTA.